

Felix

LA GATA DE LA ESTACIÓN

*Cómo una
extraordinaria gata
se convirtió
en el corazón
de la comunidad*

KATE MOORE

INTRODUCCIÓN

Si alguna vez se acerca hasta la estación de Huddersfield, en Yorkshire, puede que reciba una gran sorpresa... porque allí, en el mostrador de Atención al Cliente, esperando pacientemente a atender los requerimientos de los usuarios, tal vez no encuentre a una encantadora joven bien dispuesta o a un servicial hombre mayor ataviado con el uniforme púrpura y azul marino de la TransPennine Express.

En su lugar el miembro de la plantilla a cargo podría ser Felix, la gata de la estación de Huddersfield.

A medida que se aproxime, la encontrará orgullosamente sentada en el mostrador: las orejas erguidas pendientes de la familiar cacofonía de ruidos de la estación, sus inteligentes ojos verdes en alerta, su esponjosa cola negra, cuyo extremo tiene una mancha blanca, meneándose rítmicamente de un lado a otro, casi impaciente, como si estuviera encantada de verle.

Pero Felix es una experta controladora de plagas y no una gata doméstica, y tras años de recibir caricias y palmaditas de los viajeros se muestra, en ocasiones, un tanto desconfiada con los extraños. Sin embargo, una vez que te conoce, ya seas un colega o un pasajero, su afecto no tiene límites.

De un único y grácil salto, abandona el mostrador para bajar al suelo y enroscarse alrededor de tus piernas, sus largos

y blancos bigotes vibrando mientras investiga la posibilidad de que tengas algún premio para ella. Felix vive de los obsequios y, a pesar de su frialdad inicial, el más desconocido de los extraños puede convertirse súbitamente en un amigo de toda la vida en las circunstancias apropiadas.

Sin embargo, un gato no puede vivir únicamente de regalos; y para Felix salir en busca de aventura le proporciona igualmente una buena parte de su sustento, de modo que, aunque a menudo se la pueda encontrar en la estación —en su puesto frente al mostrador, patrullando los andenes o ayudando a picar billetes en los accesos a los trenes—, también suele explorar más allá de los límites del edificio. Obsérvela mientras camina: pasando por delante de la estatua de bronce de la plaza de St. George con un suave balanceo de su serpenteante cola; dejando atrás el florido parterre del andén 4; o desapareciendo en la oscuridad de los túneles del ferrocarril de camino a Dios sabe dónde. Cruza las vías del tren con cierta chulería, mostrando un ligero contoneo en sus cimbreantes andares. Las cosas no siempre fueron así, pero a medida que Felix ha ido afianzándose en el trabajo, también lo han hecho su confianza y su valentía.

Por mucho que Felix disfrute de su papel a cargo de la estación —y no se engañe, esta gata es *definitivamente* la Jefa—, es justo añadir que tiene la costumbre de dormir durante su jornada, y así es posible encontrarla tanto en el vestuario enroscada sobre la chaqueta de algún compañero de trabajo, como recibiendo y saludando a los clientes en el vestíbulo. Si no se halla en su puesto cuando uno se acerca esperando intercambiar algunas palabras con la estrella ferroviaria más famosa de Huddersfield, habrá que disculpar su ausencia, pues probablemente esté soltando suaves ronroneos antes de disponerse a cazar algún ratón, una parte fundamental de su trabajo como controladora de plagas.

FELIX

Por ahora, sin embargo, la dejaremos sentada en el mostrador de Atención al Cliente, con esos perspicaces ojos color esmeralda que no pierden ripio de nada mientras supervisa su reino, con su brillante collar púrpura brillando al sol de la mañana. Una diminuta chapa dorada cuelga de él mostrando su nombre y su dirección:

FELIX, ANDÉN 1.

Esta es la historia de la gata de la estación de Huddersfield.

Una idea disparatada

—Lo que esta estación necesita —anunció una mañana de verano de 2008 Gareth Hope— es un gato como inquilino.

Su colega, Andy Croughan, soltó una carcajada. Cada vez que los dos compañeros se juntaban —como hacían la mayoría de los días después de la hora punta de la mañana para charlar un poco durante los ratos más tranquilos de su turno—, solían plantear las ideas más peregrinas, pero esta se llevaba la palma. ¿Un gato en la estación? Como ocurrencia estaba bien, pero era algo que no sucedería ni en un millón de años.

Ambos sabían que, allá por los días del British Rail, había existido una larga tradición histórica de gatos de estación y que muchos guardagujas solían tener uno, sin contar con que Gareth, que era un recién llegado a la profesión, estaba siempre oyendo historias de los más veteranos sobre cómo solía haber gatos en cada apeadero y cómo estos recibían una nómina mensual, pero, hasta donde Gareth y Andy sabían, esa tradición había pasado a ser historia, perdiéndose en la imparable modernización del ferrocarril. El mismo Winston Churchill había sido fotografiado en una ocasión protestando a causa del gato de la estación de Liverpool Street, por lo que

la idea de que Huddersfield contara con su propio felino parecía pertenecer al pasado tanto como el antiguo y venerado primer ministro.

Sin embargo, a pesar —o quizá precisamente por eso— de la naturaleza descabellada de la idea, la fantasía de un gato de estación se convirtió en el tema favorito de conversación de Gareth y Andy a lo largo de los meses siguientes, en especial durante aquellos turnos de trabajo en los que daba la impresión de que las manecillas del reloj de la estación avanzaban con agónica lentitud y en los que debatir ideas absurdas parecía ser el único modo de hacer que el tiempo pasara más deprisa.

En un primer momento, Gareth nunca se planteó trabajar en el ferrocarril. Se había inscrito en la universidad para estudiar Programación Informática, pero tras dos años de carrera decidió que lo detestaba y que no podría hacer de ello su medio de vida. Como necesitaba un trabajo, se unió al equipo que supervisaba los accesos de la estación de Huddersfield a finales de 2006, pero pronto descubrió que aquello tampoco estaba hecho para él. En esa época aún no se habían instalado los torniquetes de acceso, de modo que el propio personal de la estación constituía la única barrera física para detener a los usuarios que pretendían viajar sin billete. En más ocasiones de las que se atrevía a recordar, Gareth, que era de constitución delgada, espigado y poco amigo de enfrentamientos, se había encontrado en el lado perdedor de un altercado con algún pasajero agresivo que le había tirado al suelo. Por esa razón, se sintió muy aliviado cuando al cumplir un año en el puesto fue retirado de la primera línea para encargarse de la megafonía (pudiendo así refugiarse cómodamente en la oficina detrás de una ventanilla de cristal), aunque trabajar en la estación le seguía pareciendo una ocupación provisional: algo a lo que dedicarse mientras decidía lo que *realmente* deseaba hacer con

su vida. Aun así, no le dio muchas vueltas; solo tenía veintiún años y todo el tiempo del mundo para descubrirlo.

Entretanto, disfrutaba plenamente del trabajo en la estación de ferrocarril. Reinaba entre los colegas una sensación de gran camaradería; una atmósfera que iba más allá de las barreras de Huddersfield y se expandía por toda la red ferroviaria. La gente que trabajaba en el ferrocarril estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por un compañero: era ese tipo de empresa. En una ocasión, Gareth se quedó atrapado en el sur, pero simplemente con mostrar su tarjeta de identificación logró que el equipo de la estación donde estaba se volcara para ayudarlo a regresar sano y salvo a casa. En Huddersfield concretamente, muchos de los veintiséis miembros del competente equipo llevaban más de veinte años trabajando allí y se conocían mejor que la mayoría de hermanos y hermanas. De hecho, si llevabas menos de diez años fichando, te apodaban «el chaval».

Gareth y Andy pertenecían a esa categoría. Andy, también veinteañero, era jefe de operaciones y llevaba trabajando en la estación desde 2006. Era un hombre dinámico y travieso, un tanto larguirucho, del que emanaba mucha energía. Dado que el equipo pasaba más tiempo junto que con sus familias (a veces trabajaban de noche, ya que Huddersfield estaba atendida las veinticuatro horas del día), no resultaba sorprendente que muchos compañeros se hicieran íntimos amigos. Andy y Gareth habían conectado casi inmediatamente y su pasatiempo favorito era embarcarse en todo tipo de fantasías mientras charlaban; se habían labrado toda una reputación por ello. Tener un gato en la estación era solo una más de sus ideas absurdas; al igual que la de que la TransPennine Express (TPE), la compañía que dirigía la estación, debería emplear a M. A. Baracus del *Equipo A* para realizar los anuncios de seguridad («Manténgase detrás de la línea amarilla, mentecato»),

mientras que Gareth era un ferviente partidario de sustituir todas las escaleras de la estación por toboganes y tirolinas, para minimizar resbalones, tropezones y caídas.

El gerente de la estación, Paul, una especie de jefe muy apegado a las normas, ya se había habituado a estas alturas a sus ridículas sugerencias, siempre un tanto precipitadas. Era un hombre joven bastante atractivo, no muy dado a conversar, pero cuyas cejas hablaban ostensiblemente por él. Se arqueaban siempre que Gareth le proponía otra de sus ideas absurdas: su rechazo e incredulidad quedaban claramente escritos en su reprobador rostro.

A lo largo del otoño de 2008, en sus charlas durante los insufriblemente lentos turnos, Gareth y Andy no cesaron de volver una y otra vez a la propuesta de tener un gato en la estación, jugando con la idea como un gatito juega con un ratón de trapo atado a una cuerda, tanteándola desde todos sus ángulos y sintiéndose cada vez más excitados mientras discurrían nuevas razones por las que la estación *necesitaba* un gato. Gareth estaba especialmente convencido de que un felino podría apaciguar a los clientes más iracundos.

—Un gato haría feliz a *todo* el mundo, ¡si algún cliente se quejase, bastaría con presentarle al gato y se calmaría! —defendía fervientemente, con sus recuerdos de su época vigilando los accesos aún frescos—. ¡Solo piensa en lo increíble que sería tener a ese gato deambulando por la estación a cargo de todo, creando problemas y entrometiéndose en el camino de la gente, como suelen hacer los gatos!

Eran como niños, jaleándose el uno al otro.

—¡Deberías consultárselo a Paul! —decía Andy entre risas.

Y entonces, un día, cuando el gerente entró en la oficina de megafonía, donde la traviesa pareja estaba charlando, Gareth aprovechó la oportunidad.

—Paul, ¿habría alguna posibilidad de que tuviéramos un gato en la estación? —preguntó de pasada. Con un gesto nervioso, apartó su melena castaña, que le llegaba hasta los hombros, recogidosela detrás de las orejas, mientras aguardaba la respuesta del jefe.

No tuvo que esperar mucho: el gerente de la estación no perdió el tiempo.

—Ni lo sueñes —contestó Paul categórico sin detener su paso ni un instante.

Gareth volvió a recostarse en su silla, totalmente hundido.

Pero ese estado no le duró mucho tiempo. Otra de sus ideas descabelladas era que la estación debería reemplazar el hormigón de todos los andenes por el pavimento de caucho reciclado que se utiliza en los parques infantiles (para impedir lesiones), y ahora pareció rebotar en su silla como si esta estuviera hecha de ese mismo material. El plan A —preguntarle directamente a Paul— no había funcionado, pero Gareth estaba demasiado entusiasmado con la idea de tener un gato en la estación como para renunciar tan fácilmente. Su campaña para conseguir una mascota necesitaba ir un paso más lejos.

Era hora de poner en marcha el plan B.

«NUESTRO GATO DE ESTACIÓN SE HA PERDIDO», rezaba el cartel hecho a mano en el tablón de anuncios de la oficina de Paul. Este lo desprendió con una sonrisa irónica y echó una mirada alrededor de la oficina, donde numerosas copias del mismo cartel adornaban las paredes. Todo había sido obra de Gareth, por supuesto. Paul hizo una bola con el cartel y la arrojó al contenedor de reciclaje con gesto cansado.

El joven locutor estaba ciertamente volcado en esa absurda causa. Si Paul dejaba sin revisar el tablón de anuncios durante más de una semana, distraído por cuestiones más acu-

ciantes en otros sectores de la estación, cuando volvía a examinarlo se lo encontraba empapelado por completo con noticias de ese gato de fantasía, de modo que las hojas con sus comunicados oficiales quedaban totalmente tapadas por los carteles de la campaña de Gareth. Algunos de ellos mostraban horriblos dibujos hechos a mano de gatos; otros tenían más texto. Recientemente, en ese verano de 2009, Paul había pedido a su equipo que propusieran sugerencias para impedir tropezones, resbalones y caídas en el vestíbulo de la estación, lo que constituía una de sus mayores preocupaciones como gerente y era algo que estaba siempre ansioso por mejorar. Por supuesto, resultaba inevitable que Gareth le remitiera su propia y única lista de sugerencias.

«Proporcionar a todos los usuarios un arnés conectado a una red de cables cremalleras», comenzaba su propuesta. Y continuaba:

- Instalar un montón de cintas transportadoras para que los usuarios no tengan que caminar en ningún momento.
- Colocar un letrero de gran tamaño a la entrada de la estación que diga: «Usted entra aquí por su cuenta y riesgo» (¿acompañado tal vez por el signo de una calavera con los huesos cruzados?).
- Cubrir el suelo con una alfombra de pelo de quince centímetros de espesor.
- Poner camas elásticas en los puntos más habituales de caídas para que los viajeros puedan levantarse rápidamente.
- Emplear a un gato de estación...

Siempre el dichoso gato. Daba igual cuál fuese el problema pues, en opinión de Gareth, un gato de estación era la

solución para todo. En su defensa, era capaz de citar innumerables ejemplos de exitosas historias de gatos: como Stubbs, que había sido alcalde de Talkeetna, un pueblo de Alaska, durante más de una década, o la famosa gata japonesa Tama, nombrada jefa de estación, que había logrado incrementar los ingresos de su degradada compañía ferroviaria en 1,1 billones de yenes (10,44 millones de dólares) al año.

No. La campaña de Gareth a favor de un gato de estación no daba muestras de abatimiento. ¡El hombre estaba obsesionado! Y lo que era aún peor, para disgusto de Paul: no estaba solo en su lucha.

Los carteles hechos a mano de Gareth no fueron el único medio de ataque mientras la operación «Gato de Estación» seguía su curso. Para su regocijo, su nuevo trabajo le obligaba a permanecer en la oficina de megafonía. Toda una suerte, no solo porque le sacaba de su posición en los accesos, sino porque resultaba ser el lugar más sociable de la estación. El equipo no paraba de entrar en la oficina. Era una gran habitación de uso común y el lugar donde se encontraba el material de oficina básico, como la fotocopidora que usaba todo el mundo, pero también constituía la zona de paso para acceder a las taquillas. Quienquiera que estuviera de turno, pasaba en algún momento de su jornada por la oficina de megafonía, de modo que siempre se producía alguna conversación. Tal vez en parte por esa razón, se respiraba una atmósfera muy hogareña, enfatizada por la rojiza moqueta que amortiguaba las pisadas de los que entraban y salían durante el día.

Por eso resultaba inevitable que, mientras Gareth y Andy se sentaban regularmente en su mesa para compartir su entusiasmo por la idea de contar con un gato en la estación, los colegas que cruzaban por allí los escucharan e intervinieran. Había transcurrido más de un año desde que Gareth lo sugiriera por primera vez y durante los últimos doce meses todo

aquel que trabajaba en la estación los había oído hablar de ello en un momento dado, y una gran parte del personal estaba de acuerdo con la idea. Huddersfield llevaba mucho tiempo siendo una estación amiga de los animales —la plantilla tenía un tablón en el comedor en donde exponían las fotos de sus gatos y perros— y a esas alturas la mayoría de sus miembros apoyaban la campaña. Incluso se habían sumado a las bromas que circulaban: una de ellas era que el gato podía ser empleado como controlador de plagas para acabar con el inexistente problema de los ratones en la estación. Pero todos sabían la verdad: los ratones no tenían nada que ver con la campaña; querían un gato porque resultaría divertido y un verdadero placer poder ir a trabajar y compartir turno con un amigo peludo.

Incluso los jefes de plantilla apoyaban la idea.

Aunque todos debían responder ante Paul, eso no necesariamente significaba que él siempre estuviera al mando; muchos de los jefes llevaban varias décadas trabajando en la estación y tenían la sabiduría y la experiencia para demostrarlo. De hecho, solían apodar afectuosamente al gerente «Cara de Niño», ya que Paul aún era relativamente joven, sobre todo comparado con ellos.

Pero quizá la más influyente entre todos los jefes de equipo era la inimitable Angie Hunte. Una cálida y extrovertida mujer negra de risa contagiosa e imponente personalidad, que había dedicado más de veinte años a servir en la estación y había demostrado durante ese tiempo ser una poderosa figura matriarcal dentro de ella. Incluso Paul había aprendido que era mejor tener de su lado a Angie para las nuevas ideas, pues ejercía una enorme influencia en la estación debido a la alta estima en la que todo el mundo la tenía. La primera vez que Gareth y Andy hablaron con ella respecto a tener un gato en la estación, Gareth se sintió terriblemente nervioso. «Si ella

rechaza la idea —pensaba con temor mientras exponía las virtudes de tener una mascota— no habrá nada que hacer». Sin embargo, una radiante sonrisa se extendió por el rostro de Angie mientras asimilaba la propuesta.

Era mucho más de lo que Gareth podía soñar. Angie entusiasmada con la idea del gato era como obtener luz verde, se dijo. Recordaba haber pensado también: «Tal vez ahora lleguemos a alguna parte».

Pero Angie no era la única persona influyente. Huddersfield contaba con seis jefes de equipo; cada uno de ellos trabajaba en turnos y asumía la total responsabilidad de la estación y de la plantilla cuando les tocaba. Y entre ellos había un tipo llamado Billy que había trabajado junto a Angie durante décadas. Había consagrado toda su vida al ferrocarril, primero como conductor y, más tarde, como jefe de equipo. Cercano a los sesenta años, era el superior de más edad de la estación, distinguido por ser un tanto cascarrabias, al estilo de un abuelo. Angie lo conocía desde hacía tanto tiempo, y se llevaba tan bien con él, que en broma le había puesto el mote de «Señor Gruñón». Era de baja estatura y cabellos ralos, y sus años de miseria habían quedado grabados en las líneas de su rostro.

Billy tenía fama de decir las cosas a la cara. Si no estaba de acuerdo contigo, no se andaba con rodeos y te espetaba que estabas diciendo un montón de chorradas. Si pensaba que estabas siendo un insensato, te lo soltaba tal cual, sin guardar ningún miramiento.

Cuando Billy tuvo noticia de la campaña para tener un gato en la estación, pensó que era una tontería. Se mostró un tanto despreciativo; y al parecer el gerente, Paul, también sintió lo mismo. A pesar del entusiasmo de Angie y de la creativa campaña de carteles de Gareth, el gerente se mantuvo firme.

Repleto de divertidas y entrañables historias, *Felix la gata de la estación* es el sorprendente relato de una pequeña y muy unida comunidad en Yorkshire y su increíble vínculo con una gata muy especial.

Gareth respiró hondo y abrió poco a poco la puerta.

—Allá vamos —dijo a su pequeña amiga—.

Puedes echar un vistazo al exterior.

Felix lo miró como diciendo: *¿Estás seguro?*, antes de echar a correr, tropezando con sus patas para lanzarse a esa gran aventura.

Entonces se paró en seco, ante el umbral del andén 1, sorprendida por no encontrar otra oficina a continuación sino el gran y ancho mundo.

Gareth la seguía unos pasos detrás. La gata había crecido mucho, pero aún era pequeña y, en cierto sentido, parecía haber disminuido de pronto, allí plantada ante el umbral.

Reconfortada por su presencia, Felix se tomó unos instantes para asimilarlo todo. La brisa nocturna agitó su pelaje por primera vez.

Sus grandes ojos verdes parpadearon. Daba la impresión de estar pensando: *¡Caramba!*

Y aunque la gatita aún no lo sabía, aquel lugar sería su reino.